

La nueva Guerra Fría en el Caribe

Antonio De La Cruz

Director Ejecutivo

11/Nov/2025

*La guerra del futuro no se libra por territorios, sino por la
definición de la realidad.*

En las aguas del Caribe Sur se libra una guerra que no se anuncia, pero que redefine el equilibrio del hemisferio.

No es ideológica, como la del siglo XX.

Es una confrontación entre la democracia y el crimen, entre Occidente y los regímenes que han hecho del Estado su guarida.

No hay misiles en el aire, pero sí flotas, radares y sanciones.

El lenguaje de la guerra se volvió silencioso y el Caribe es su nuevo campo de batalla.

Una Guerra fría donde los protagonistas no buscan conquistar territorios, sino imponer una narrativa y sobrevivir al tiempo.

El Caribe, frontera del siglo XXI

La historia no se repite, pero rima, dijo el escritor Mark Twain.

En la primera Guerra fría, el Caribe fue el epicentro de la confrontación nuclear.

Hoy, vuelve a ser el tablero donde se mide el poder, aunque los jugadores y las motivaciones hayan cambiado.

Bajo el liderazgo del presidente Donald Trump, Estados Unidos ha convertido el Caribe Sur en una línea de contención marítima.

El despliegue del USS Gerald R. Ford, las operaciones del Comando Sur y la diplomacia de presión máxima apuntan a un solo objetivo: dismantlar el Cártel de los Soles. Esta estructura funde crimen, Estado y propaganda bajo el régimen de Nicolás Maduro.

No, esto no se trata de invadir Venezuela.

Esto consiste en estrangular el flujo ilícito que sostiene al régimen: petróleo, oro, drogas y alianzas militares.

Una Guerra fría sin desembarcos, pero con bloqueo financiero y cerco geopolítico.

Dos racionalidades enfrentadas

En el Caribe, los movimientos de cada actor responden a una lógica de supervivencia.

No buscan ganar, sino no perder.

Estados Unidos aplica una estrategia de presión controlada: asfixiar al régimen sin desatar una guerra.

Maduro, consciente de que su derrota equivale a su final, se aferra al poder a cualquier costo.

Rusia, Irán y China juegan en las sombras, ofreciendo respaldo técnico, político y simbólico para desafiar la hegemonía estadounidense en su propio hemisferio.

Los países vecinos intentan mantener el equilibrio sin ser arrastrados por la corriente.

En este tipo de conflictos, los poderosos temen el error; los desesperados lo provocan.

Maduro arriesga porque no tiene nada que perder.

Trump calcula porque sabe que un paso en falso puede desestabilizar el continente.

El resultado es un equilibrio tenso, sostenido por el miedo mutuo a un error inevitable.

La disputa por el significado de la soberanía

En esta nueva guerra, la palabra "soberanía" ha cambiado de dueño.

Para Maduro y sus aliados significa el derecho a actuar sin rendir cuentas.

Para Occidente, es el deber del Estado de no institucionalizar la criminalidad.

La confrontación no es solo militar o económica.

Es semántica.

Quien defina el sentido de “soberanía” definirá el orden internacional del siglo XXI.

Porque si un gobierno puede proteger redes de narcotráfico y terrorismo bajo la excusa de su independencia, el principio de legalidad global se derrumba.

El conflicto en el Caribe no se libra solo por territorio, sino por la propiedad del lenguaje político.

La economía del crimen como poder de Estado

La Guerra fría del siglo XX se sostuvo por las ideologías del capitalismo vs. el comunismo; la del Caribe se alimenta de economías ilícitas.

En Venezuela, la crisis económica ha sido reemplazada por una red criminal transnacional paralela de oro, cocaína y petróleo que operan como sistema financiero del régimen.

En este nuevo mapeo del poder, controlar las rutas ilegales equivale a controlar el Estado.

Rusia gana un enclave simbólico en el hemisferio; Irán, una línea de abastecimiento; China, acceso a energía sin condiciones políticas.

Washington, en respuesta, ha diseñado una guerra de precisión sin balas: sanciones, decomisos, congelamiento de activos y licencias financieras.

Ya no se enfrentan bloques ideológicos, sino economías de mercado contra economías del delito.

El riesgo del error

Como en toda Guerra fría, el mayor peligro no está en la intención, sino en el mal cálculo.

Un incidente marítimo, un ataque cibernético o un error de interpretación puede encender una chispa.

Si Washington comete un cálculo erróneo sobre la reacción del narcorégimen o si Maduro decide provocar una confrontación para consolidar su base interna, el equilibrio puede romperse.

Y una vez que la tensión se hace visible, ningún país de la región quedará al margen.

El Caribe, con su apariencia tranquila, es hoy la línea más volátil del planeta.

América Latina en el tablero

El Caribe Sur ha devuelto a América Latina a su lugar histórico: campo de maniobra entre potencias.

Colombia ahora equilibra ambigüedad y estrategia como frontera ética regional.

Brasil oscila entre la prudencia de Lula y la claridad ideológica de Milei.

Y las islas del Caribe —Trinidad, Aruba, Curazao— son ahora estaciones logísticas, equivalentes al Berlín dividido del pasado.

Una parte de la región intenta no elegir bando, pero esa neutralidad tiene fecha de vencimiento.

En el fondo, América Latina deberá decidir si su destino es la democracia o el autoritarismo disfrazado de soberanía.

La forma de la victoria

Esta guerra no tendrá vencedores que firmen tratados ni ejércitos marchando por avenidas.

Ganará quien imponga su definición de legitimidad.

Si prevalece el modelo de Occidente, el Caribe volverá a ser una zona de estabilidad y libre comercio.

Si venciese el eje criminal, América Latina entrará en una era de degradación política irreversible, donde el delito y el terrorismo se institucionalizan y la verdad se negocia.

La guerra se libra en despachos, costas, y redes digitales.

Y su resultado dependerá de algo tan intangible como decisivo: de quien domine la narrativa: terrorismo global o soberanía nacional.

Epílogo

El Caribe vuelve a ser espejo del mundo.

Donde antes se medía el poder por la fuerza militar, hoy se mide por el control del relato.

Y como advertía la historia una y otra vez, “los imperios no caen cuando pierden una batalla, sino cuando dejan de creer en su misión”.

Cuando la libertad duda, la tiranía avanza por inercia.

Esa es la lección de esta nueva Guerra fría, donde en el silencio del Caribe se juega el futuro político de todo el continente.